

1880-1916. LA AVENTURA DE UN PAIS ABIERTO AL MUNDO I

Los vencidos: la cara trágica (o vergonzosa) de la Conquista del Desierto

"Pampa se había quedado dormida, acurrucada en el umbral; (...) las manos debajo del delantal blanco, dormía sobre la dura piedra como sobre un cómodo colchón de muelles. Pobre Pampa!. Cansada del fregoteo de platos, del bruñido de cuchillos y del lavado de vasos, de traer y llevar, de bajar y subir, de salir y de entrar, había obtenido la promesa de acompañar a la señora a una visita de intimidad aquel día, lo que le serviría de pretexto para ver las calles y quizá la plaza de la Victoria.(...)

-Pampa! chilló allá arriba una voz atiplada.

Y como la muchacha tardara en contestar, el cepillo salió disparado desde las alturas y rebotando en los peldaños de la escalera, vino a caer en medio del patio.

-Voy, niño, voy !- dijo la india sin asustarse, como acostumbrada a aquella singular forma de llamamiento.

-A ver si te mueves, china salvaje! chilló de nuevo la voz atiplada."

"La fatiga del trabajo diario la venció y quedó dormida (...) y como siempre que soñaba. veía a su madre, perdida, como sus hermanos, en la gran ciudad, la odiosa escena de la Boca se reprodujo con fidelidad pasmosa: el buque atracado en el muelle; el muelle atestado de curiosos, sobre la cubierta un montón de indios sucios, desgredados, hediondos, como piara de cerdos que se lleva al mercado, cohibidos y temblando, por lo que ven y lo que temen; las mujeres, cerca del marido; las madres apretando a los hijos junto a los senos escuálidos y tratando de ocultar a los más grandes bajo sus andrajos... Y un militarote, que arrastra su sable con arrogancia, procede al reparto entre conocidos y recomendados, separando violentamente a la mujer del marido, al hermano de la hermana, y lo que es más monstruoso, más inhumano, más salvaje, al hijo de la madre. Todo en nombre de la civilización. Porque aquella turba miserable es el botín de la última batida en la frontera. "

Ocantos, Carlos María, Quilito,(1891) Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, pp. 11/15.

Buenos Aires, capital a pesar de sí misma

Pasados los enfrentamientos armados de junio de 1880, el Poder Ejecutivo intervino la provincia de Buenos Aires. El comisionado nacional, José María Bustillo clausuró el recinto de la Legislatura porteña. El cuerpo antes de disolverse redactó un manifiesto en el que denunciaba la conducta de los poderes nacionales como inconstitucional.

"Al pueblo de Buenos Aires

Un golpe de autoridad del Poder Nacional acaba de derrocar la Legislatura de Buenos

Aires declarándola rebelde. La Constitución de la República ampara las instituciones provinciales contra estos abusos marcando detalladamente las atribuciones de cada poder y consignando los derechos de las Provincias que la Nación garante. (...) El Presidente de la República es el Jefe Supremo de la Nación, a quien todos deben obediencia, cuando ejerce su autoridad sujetándose a los términos del mandato que señala el límite de sus atribuciones .

Cuando se convierte en jefe de un partido político y pone a su servicio los elementos de fuerza que la Constitución le entrega para su defensa, los deberes de obediencia desaparecen, los pueblos recobran su soberanía y luchando defienden lo que es suyo, lo que nadie tiene derecho a arrebatar-les. Eso hacía Buenos Aires cuando la paz vino después de batallas sangrientas. La paz fue fruto de un convenio entre el Presidente que intentaba dominar revolucionariamente la Provincia y la Provincia que defendía su autonomía, garantida por la Constitución de la República. (...) Bajo la fe de ese pacto que salvaba los poderes y las instituciones de la Provincia, es que Buenos Aires depuso las armas que había empuñado para defenderlas. Hoy, los compromisos contraídos se desconocen, y faltando la fe empeñada, se derroca la Legislatura de la provincia declarándola rebelde. Rebelde a quién? No hay un sólo acto legislativo, establecida la paz, que importe un desconocimiento de las autoridades constituidas, (...) Prudente hasta comprometer sus deberes, por el contrario, la Legislatura de Buenos Aires ha visto su ciudad ocupada militarmente, la provincia sometida a una intervención de que no hay ejemplo en la República, intervención que ha llegado hasta destituir empleados, usurpar rentas sin exceptuar los caudales de los bancos, convirtiendo la campaña en territorio nacional; ciudad y campaña bajo el arbitrario del estado de sitio (sic), y todos estos verdaderos atentados los ha presenciado sin decir una palabra, en obsequio de la paz y de la concordia, esperando que la acción tranquila y reparadora del gobierno nacional restableciera la normalidad de la situación.

Es en esas circunstancias, cuando Buenos Aires ha entregado sus armas que se echan a rodar sus instituciones por resolución de un Congreso que acciona fuera de los preceptos constitucionales, después de excluir de su seno a la mayoría de los representantes del pueblo argentino, legítimamente electos e incorporados. (...)

La Legislatura de la Provincia cae bajo el peso de la revolución de los Poderes nacionales. No puede resistir, porque el pueblo (a quien) representa entregó sus armas, bajo la (firma) de pactos que se violan; pero protesta contra el abuso y declara que sólo cede (bajo) presión de la fuerza entregando sus (actos) al fallo justiciero de la opinión.

Dado en la Sala de Sesiones de la Legislatura de Buenos Aires, a 21 de Agosto de 1880"

Siguen las firmas de los legisladores. Archivo General de la Nación, Sala VII, 22-3-10. Folio 157. [Colaboración de la Profesora Cristina San Román].

Una Babel de culturas distintas

Hacia las últimas décadas del siglo pasado Buenos Aires se había transformado en un ciudad poblada de extranjeros. Así lo veía Fray Mocho:

"Pero Eleuterio, ya con Susanita va a ser la quinta de tus hijas que se casa y todavía andás con cosquillas!... (...) Qué más podés querer todavía?
Cómo qué más querés, Ramona, por Dios?... Y crés que yo, más criollo que la Concepción, vi'astar conforme con que las muchachas se m'estén casando así? (...) Mirá! Por esta cruz ves? yo cada vez que tengo que hablar con alguno e mis yernos, les juego señas no más (...) pero no les entiendo ni un pito... No che, convencete! lo peor que le puede pasar a una familia, es lo que nos pasa a nosotros... La primera que comenzó fue Julia con su alemán-cito, y de ahí siguieron como lienzo de alambrao, Petrona con su italiano, Antonia con su portugués, Eulogia con su inglesito y áura se nos viene Susana con su francés... No, che, no... a no embromar vamos!... No faltaba más!
(...) Y yo fijate... mi gloria hubiese sido que mis dos hijas, las pobrecit-as, se hubieran casado con extranjeros, che... Gente tan fina, tan correc-ta!... Y después ya ves!... hasta cuando se mueren los yernos es mejor, se sufre menos...
(...) Bueno! ... Yo eso sí! no tengo de qué quejarme, los hombres son buenos, trabajadores(...) pero que querés? me revienta la mescolanza y el titeo e la familia, y lo que es más, no poder entender su media lengua(...)
Figurate que al italiano todavía no le puedo hacer agarrar el paso... Me dice don Cementerio y se queda muy suelto e cuerpo!

Alvarez, José S. (Fray Mocho), Cuentos y salero criollo, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1959, pp. 47/49.

La contracara del crisol de razas: el rechazo al inmigrante (1884)

"En mi obra me opongo franca y decididamente a la inmigración inferior europea, que reputo desastrosa para los destinos a que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina y no es sin pena que he leído la idea del primer magistrado de la Nación, consignada en su último mensaje al Congreso, de costear el viaje a los inmigrantes que los solicitaren. (...)
La intromisión de una masa considerable de inmigrantes cada año, trae perturbaciones y desequilibra la marcha regular de la sociedad- y en mi opinión no se consigue el resultado deseado, esto es, que se fusionen estos elementos y que se aumente la población.(...)
Tenemos, pues, este hecho contraproducente, por un lado, y, además, otro muchísimo más grave: para mejorar los ganados nuestros hacendados gastan sumas fabulosas trayendo tipos escogidos, -y para aumentar la población argentina atraemos a una inmigración inferior.
Cómo, pues, de padres mal conformados y de frente deprimida, puede surgir una generación inteligente y apta para la libertad?
Creo que la descendencia de esta inmigración inferior no es una raza fuerte para la

lucha, ni dará jamás el hombre que necesita el país."

Argerich, Antonio-, *Inocentes o culpables?*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, pp. 9/11.

De la gran aldea a la gran ciudad

Hacia finales del siglo XIX Buenos Aires comienza a perder sus toques pueblerinos y coloniales para transformarse en una urbe moderna. La europeización de las viviendas fue una de sus características. Los prósperos hacendados y comerciantes, grandes beneficiados del comercio internacional en expansión, se pusieron al día dándole a sus moradas un aire de nuevos ricos irresistible para una pluma irónica como la de Lucio V. López:

La casa elegante en las últimas décadas del siglo. (1884)

"La mansión de Montifiori revelaba bien claramente que el dueño de la casa rendía un culto íntimo al siglo de la tapicería y el bibelotage (...); todos los lujos murales del Renacimiento iluminaban las paredes del vestíbulo; estatuas de bronce y mármol en sus columnas y en sus nichos; hojas exóticas en vasos japoneses y de Saxe; enlozamientos pagódicos y lozas germánicas: todos los anacronismos del decorado moderno.(...)

Montifiori rendía culto a lo antiguo: además del gran salón Luis XV, con sus muebles tallados y decorados vestidos con terciopelo de Génova color oro, y en el cual dos lienzos de la pared estaban ocupados por dos tapicerías flamencas, las demás habitaciones ofrecían el desorden más artístico que es posible imaginar. En los muros, tapizados con ricos papeles imitando brocados y cordobanes una serie de cuadros grandes y pequeños absorbían la atención de los curiosos.(...)

Entre las telas, algunos bajorrelieves en bronce y sobre los muebles, piezas de todas clases, bronce antiguos y modernos; terracotas de Carpeaux, Chapu y bustos de Cordier, de Monteverde y de Dupré; un sinnúmero de reducciones de Barbedienne, vasos, ánforas,(...) variedad de bibelots en esmalte, en Saxe, en Sèvres, en carey, en marfil viejo. (...)

Allí andaban todos los siglos, todas las épocas, todas las costumbres, con un dudoso sincronismo si se quiere, pero con un brillo deslumbrador de primer efecto, ante el cual el más preparado tenía que cerrar los ojos y declarar convencido que Montifiori era todo un hombre de mundo.

López, Lucio V., *La gran aldea. Costumbres bonaerenses.*, Buenos Aires, Huemul, 1965, pp. 188/190.

graci-as, no existen tales, pues serían contrahechos sus cuerpos (...)
"Las amigas se saludaban con efusión sincera, diciéndose: cómo te va, che, de amores?, pero sin morderse dándose y recibiendo esos besos ridículos de ahora (...) esos besos, decía, tan desprovistos de verdad por lo mentidos, de que se hace un abuso intolerable (...) Ni tampoco andábamos de mano dada con todo aquel ser cristiano que se encontraba en el salón.(...)
Tampoco se caminaba a la francesa; ni había madame Carrau, ni otras hierbas caras por el estilo, sino que se caminaba a la criolla con la gracia natural de aquellas esbeltas mujeres que dieron al traste con cuanto inglés viniera a comerciar y salieron boleados, pues les hicieron rendir la cerviz a sus naturales encantos"

Calzadilla, Santiago, Las beldades de mi tiempo, Buenos Aires, CEAL, 1982.
Selección.

Los que no fueron invitados a la fiesta: (1898)

"Imaginaos (...) algo que se asemeja a un edificio; por su parte exterior, o casa de miserable aspecto: generalmente un zaguán cuyas puertas no pueden ser más mugrientas.(...) El conjunto de piezas, más bien que asemejarse a habitaciones, cualquiera diría que son palomares: al lado de la puerta de cada cuarto, amontonados en completo desorden, cajones que hacen las veces de cocina, tinas de lavar, receptáculos de basuras, en fin, todos los enseres indispensables de una familia que, por lo reducido de la habitación, forzosamente tienen que quedar a la intemperie. (...) Las habitaciones son generalmente de 3 x 4 metros (...) esas celdas son ocupadas por familias obreras, la mayoría con 3,4,5 y hasta 6 hijos cuando no por 3 o 4 hombres solos. Adornan estas habitaciones dos o tres camas de hierro, o simples catres, una mesa de pino, algunas sillas de paja un baúl medio carcomido, un cajón que hace las veces de aparador, una máquina de coser, todo hacinado para dejar un pequeño espacio donde dejar pasar las paredes, que piden a gritos una mano de blanqueo, engalanadas con imágenes de madonas o estampas de reyes, generales o caudillos populares, tales son, en cuatro pinceladas, los tugurios que habitan las familias obreras de Buenos Aires, los que a la vez sirven de dormitorio, sala, comedor y taller de sus moradores"

Patroni, Adrián, Los trabajadores en la Argentina, Buenos Aires, 1898, citado por páez, Jorge, El conventillo, Buenos Aires, CEAL, 1970.

Clara Brafman

Historia Argentina.
Colegio Nacional de Buenos Aires & Página/12

Buenos Aires se transforma (1884)

"(...) Los salones se habían transformado; el gusto, el arte, la moda, habían provocado una serie de exigencias sin las cuales la vida social era imposible. Los cómicos españoles de antaño ya no entretenían como veinte años atrás; la aldea de 1862 tenía muchos detalles de ciudad; se iba mucho a Europa, las mujeres cultivaban las letras (...).

La vieja moda, aquella que envolvía a las mujeres en verdaderas bolsas de tela había desaparecido; ni los filósofos podían pasear de cuatro a cinco de la tarde por la calle Florida, sin conmoverse ante los cuerpos de las mujeres del día, dibujados d'après nature por Mesdames Carreau y Vigneau. (...) Kitty Bell y Flora Campbell hacían los figurines, Sara Bernhardt los guantes, Worth firmaba los tapados como un pintor sus cuadros. (...).

o era chic hablar español en el gran mundo; era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas y muchas francesas, tratando de pronunciar con el mayor cuidado, para acreditar raza de gentilhombre.

En fin, yo que había conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillito, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas que perdía su tiempo en flanear en las calles y en el cual ya no reinaban generales predestinados (...)"

López, Lucio V., La gran aldea. Costumbres bonaerenses, Buenos Aires, Huemul, -1965, pags 123 y 124.

El mundo que hemos perdido (1891)

Uno de los tópicos de los escritores de finales de siglo era el dolerse por la desaparición de la sencilla y espontánea sociabilidad del mundo colonial. Estas evocaciones fueron en la mayoría de los casos un testimonio del temor de la élite sobre su propio destino en una sociedad donde comenzaban a perfilarse nuevos valores que superaban los del universo patriarcal.

"Oh! que tiempos aquellos tan dichosos; y estos cuán calamitosos!!

En 1836 los barrios del sur de Buenos Aires eran el Saint Germain de la aristocracia porteña (...)

No había Bancos; esa carcoma que nos ha liquidado a todos! Ni menos Bancos Hipotecarios! ni de Descuentos! (...)

Y las tertulias de aquel tiempo? Pero esto sí que era agradable, sin más obsequio que un rico vaso de agua fresca del aljibe, con panal; el mate, la alegría y el bienestar (...)

y si se oía hablar que alguien se había suicidado, era allá por la muerte de un obispo, y nadie moría enfermo del corazón, como ahora, ni de bala de rémington.

Oh! inolvidables noches aquellas: Qué distintas a las de hoy en que todo es a la francesa y mucho corset ajustadísimo figurando cinturas imposibles que, a Dios